



**Amor y venganza en una nueva
revisión de *El conde de Montecristo*
(Delaporte y La Patellière, Francia,
2024)**

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La
Rioja (UNIR)

Francia, 2024. Título original: Le Comte de Monte-Cristo. Productoras: Chapter 2, Fargo Films, Pathé, M6 Films. Dirección: Matthieu Delaporte y Alexandre de La Patellière. Guion: Matthieu Delaporte y Alexandre de La Patellière. Novela: Alejandro Dumas. Música: Jérôme Rebotier. Fotografía: Nicolas Bolduc. Reparto: Pierre Niney, Anaïs Demoustier, Laurent Lafitte, Anamaria Vartolomei, Vassili Schneider, Patrick Mille, Pierfrancesco Favino, Julien De Saint Jean y Bastien Bouillon. Duración: 178 min.

Desde luego, no va a ser ni será
la última ni la definitiva adaptación que

se lleve a cabo de la mítica novela de Alejandro Dumas, publicada en 1844, pero hay que reconocer que esta nueva versión resulta un renovado aire fresco respecto al espíritu literario del que parte. Aunque hay temas y personajes muy trillados en el cine, a veces, merece la pena el esfuerzo creativo que se hace por estos nuevos acercamientos, como es el caso, aunque no siempre sea así. Uno de los directores, Matthieu Delaporte, además, se encuentra adaptando la otra novela bien conocida de Dumas, *Los tres mosqueteros*, en un tríptico, aunque no de una forma tan lograda.



En esta ocasión, queda patente que *El conde de Montecristo* es una soberbia lección de cine. Las muchas adaptaciones de la novela darían para una tesis doctoral, buscando sus diferencias y sus virtudes y debilidades, poniendo sobre la mesa el largo sinfín de versiones más o menos fieles a la letra de la obra. Sin embargo, en lo esencial, los temas que aborda son universales, como el amor y el

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.552-555>

Copyright © 2024 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

desamor, la cobardía, el honor, la ambición, la redención, el perdón, la crueldad y, por supuesto, la venganza, epicentro de la trama, todos ellos configuran este universo particular cuya esencia no cambia en exceso. Pero el cine es más que saber contar una historia con imágenes (que también), hay otros elementos que entran en escena como son la música, la fotografía, la composición visual, la ambientación y la credibilidad de los actores (y el acierto en la elección para los personajes que interpretan), capaces de hacernos olvidar que su misión es inventar emociones, y hacer que como espectadores creamos que son ciertas. Tampoco se me olvida el mencionar al director (directores, en este caso) y guionista, quienes son los que dotan a la pieza de su propia singularidad seleccionando los momentos cruciales, por ejemplo, de la extensa obra de Dumas.



De esta manera, dejando aparte todas las demás versiones, la primera es de 1913, desde la televisiva (y fiel a la novela), pero aburrida, de 1998, protagonizada por Gerard Depardieu, a *La venganza del conde de Montecristo*

(2002), esta es la más sobresaliente de todas. Perfecta para quien se quiere acercar a la novela por primera vez desde el cine, emocionante e intensa para quienes ya conocen bien sus ingredientes principales.



El ojo experto observará las licencias que *traicionan* el original, pero ninguna de ellas chirría, porque el conjunto es firme y rocoso, como la misma terrible fortaleza donde el pobre Edmond Dantés (Pierre Niney) es encerrado por un delito que no ha cometido. Delaporte y La Patellière arrancan la película con una secuencia de un naufragio brillante y espectacular. Es la manera de presentar al protagonista, un hombre valiente, joven y atrevido, cuyo sentido del deber y de la generosidad es enorme al desafiar a su capitán Danglars, ambicioso personaje, para salvar a una joven que está a punto de ahogarse. Su honorable acto no sólo le permite el ganarse el favor del armador para el que trabaja, convirtiéndole en capitán de su buque insignia, *El Faraón*, sino la enemistad del degradado Danglars quien urde una temible venganza.



El día de la boda de Dantés con la hermosa y noble Mercedes Herrera (Anaïs Demoustier), el novio es detenido acusado de ser simpatizante del exiliado emperador Napoleón. En vez de ser apoyado por su amigo el conde Fernando Mondongo (Bastien Bouillon), enamorado de Mercedes, o el procurador Gérard de Villefort (Laurent Lafitte), éstos se conjuran contra él para quitarle de en medio (por diferentes motivos) y le condenan por bonapartista a la prisión de If, un lugar temible donde sólo se va a morir. Pero allí conoce a otro prisionero, el abate Faria (Pierfrancesco Favino), un sabio que no sólo le enseñará distintas lenguas, historia y filosofía, sino que le confesará la localización de un fabuloso tesoro ubicado en la isla de Montecristo. A pesar de sus intentos de huir de la roca-fortaleza donde se hallan presos, será el abate el que

muera, aunque eso le permitirá a Dantés escapar y volver años después a Marsella tras los pasos de aquéllos que le condenaron sin remedio.

El filme recoge las partes fundamentales de la novela, eligiendo muy bien los pasajes y su extensión, encontrando un equilibrio tan bueno que ninguno de los capítulos resultan demasiado largos o cortos, sino que se complementan haciendo que la realización se deslice de forma ágil y fresca, a pesar de su largo metraje. El mismo Niney-Dantés logra encarnar de forma nada estridente, pero muy matizada, a un hombre marcado por el dolor y el sufrimiento, capaz de esconder sus sentimientos tras una máscara (o máscaras) de elegancia, hipocresía, amor y odio. Pero también, en otro gran acierto de Dumas, de hacerse pasar por otros para confundir y manipular, precisamente, a los tres

hombres que causaron su ruina: Mondengo, Villefort y Danglars. Los tres se han convertido en seres poderosos abusando de su poder o utilizando la traición como lema. Dantés no estará sólo, se apoyará en André (Julien de Saint Jean), hijo bastardo de Villefort y Haydée (Anamaria Vartolomei), hija de un pachá turco traicionado por Mondengo.



No hay duda de que Dumas penetró bien en la sociología de una Francia que a pesar de los ideales de la revolución venía a estar conformada por hombres sin escrúpulos cuyo anhelo era enriquecerse, medrar y ennoblecerse sin medir sus efectos, creyendo que su llegada a la cima del poder les haría invencibles e intocables. Pero, como la misma película revela, su propia vanidad se convierte en su perdición.

El conde de Montecristo de Delaporte y La Patellière resulta toda una bocanada de aire fresco para una adaptación que sobrecoge, que impacta y que, sencillamente, sabe captar la esencia de un relato de amor

y venganza tan brillante con hermosos parlamentos. De hecho, la escena en la que Dantés, tras años sin verse, se encuentra con Mercedes (esposa de Fernando), resulta emocionalmente sobrecogedora, la música y la mirada de ambos protagonistas simboliza un momento único de amor imposible. El sintético final también es resuelto con maestría, la venganza es estéril, incluso autodestructiva; en cambio el amor trae esperanza y redención.

